

Jaque mate en dos jugadas

Yo lo envenené. En dos horas quedaría liberado. Dejé a mi tío Néstor a las veintidós¹. Lo hice con alegría. Me ardían las mejillas. Me quemaban los labios. Luego me serené y eché a caminar tranquilamente por la avenida en dirección al puerto².

Me sentía contento. Liberado. Hasta Guillermo saldría socio beneficiario en el asunto. ¡Pobre Guillermo! ¡Tan tímido, tan inocente! Era evidente que yo debía pensar y obrar por ambos³. Siempre sucedió así. Desde el día en que nuestro tío nos llevó a su casa. Nos encontramos perdidos en el palacio. Era un lugar seco, sin amor. Únicamente el sonido metálico de las monedas.

—Tenéis que acostumbraros⁴ al ahorro, a no malgastar. ¡Al fin y al cabo, algún día será vuestro! —decía. Y nos acostumbramos a esperarlo.

Pero ese famoso y deseado día no llegaba, a pesar de que tío sufría del corazón. Y si de pequeños nos tiranizó, cuando crecimos se hizo cada vez más intolerable.

Guillermo se enamoró un buen día. A nuestro tío no le gustó la muchacha. No era lo que ambicionaba para su sobrino.

—Le falta cuna . . ., le falta roce . . .⁵, ¡puaf! Es una ordinaria . . . —sentenció.

Inútil fue que Guillermo se dedicara a encontrarle méritos. El viejo era testarudo y arbitrario.

Conmigo tenía otra clase de problemas. Era un carácter contra otro. Se empeñó en doctorarme⁶ en bioquímica. ¿Resultado? Un perito⁷ en póquer y en carreras de caballos. Mi tío para esos vicios no me daba ni un centavo. Tenía que emplear todo mi ingenio para quitarle un peso.

Uno de los recursos era aguantarle sus interminables partidas de ajedrez⁸; entonces yo cedía con aire de hombre magnánimo⁹, pero él, en cambio, cuando estaba en posición favorable alargaba el final, anotando las jugadas con displicencia¹⁰, sabiendo de mi prisa por salir para el club. Gozaba con mi infortunio saboreando su coñac.

Un día me dijo con tono condescendiente:

—Observo que te aplicas en el ajedrez. Eso me demuestra dos cosas: que eres inteligente y un perfecto holgazán¹¹. Sin embargo, tu dedicación tendrá su premio. Soy justo. Pero eso sí, a falta de diplomas¹², de hoy en adelante tendré de hacer bonitas anotaciones de las partidas. Sí, muchacho, vamos a guardar cada uno los apuntes de los juegos en libretas para compararlas. ¿Qué te parece?

Aquello podría resultar un par de cientos de pesos, y acepté. Desde entonces todas las noches, la estadística. Estaba tan arraigada la manía¹³ en él, que en mi ausencia comentaba las partidas con Julio, el mayordomo.

Ahora todo había concluido. Cuando uno se encuentra en un callejón sin salida, el cerebro trabaja, busca, rebusca. Y encuentra. Siempre hay salida para todo. No siempre es buena. Pero es salida.

Llegaba a la Costanera¹⁴. Era una noche húmeda. En el cielo nublado, alguna chispa eléctrica. El calorcillo mojaba las manos, resecaba la boca.

En la esquina, un policía me hizo saltar el corazón.

NOTAS

¹ a las 10 p.m. (según el sistema argentino —que también se usa en las fuerzas armadas— de decir la hora)

² el puerto de Buenos Aires, uno de los más grandes del mundo.*

³ los dos

⁴ tienen Uds. que acostumbrarse. (El tío es de España, donde se usan comúnmente las formas propias del pronombre *vosotros* además de las de *ustedes*.)

⁵ no es de buena familia, no es distinguida

⁶ insistió en que yo sacara un doctorado (Ph.D.)

⁷ experto

⁸ chess . . .

⁹ con un buen humor fingido

¹⁰ indiferencia; desagrado

¹¹ flojo, perezoso

¹² como nunca vas a tener diploma

¹³ obsesión

¹⁴ avenida junto al Río de la Plata (véase nota 2), en Buenos Aires

* Buenos Aires, capital de la Argentina, tiene una población de aproximadamente diez millones. Está en el Río de la Plata, que da al Océano Atlántico.

El veneno, ¿cómo se llamaba? Aconitina. Varias gotitas en el coñac mientras conversábamos. Mi tío esa noche estaba encantador. Me perdonó la partida.

—Haré un solitario¹⁵ —dijo—. Despaché a los sirvientes . . . ¡Hum! Quiero estar tranquilo. Después leeré un buen libro. Algo que los jóvenes no entienden . . . Puedes irte.

—Gracias, tío. Hoy realmente es . . . sábado.

—Comprendo.

¡Demonios! El hombre comprendía. La clarividencia¹⁶ del condenado.

El veneno producía un efecto lento, a la hora, o más, según el sujeto. Hasta seis u ocho horas. Justamente durante el sueño. El resultado: la apariencia de un pacífico ataque cardíaco, sin huellas comprometedoras¹⁷. Lo que yo necesitaba. ¿Y quién sospecharía? El doctor Vega no tendría inconveniente en suscribir un certificado de defunción¹⁸. ¿Y si me descubrían? ¡Imposible!

Pero, ¿y Guillermo? Sí. Guillermo era un problema. Lo hallé en el *hall* después de preparar la «encomienda»¹⁹ para el infierno. Descendía la escalera preocupado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté jovial²⁰, y le hubiera agregado de buena gana, «¡Si supieras, hombre!»

—¡Estoy harto! —me replicó.

—¡Vamos! —le palmoteé la espalda—. Siempre estás dispuesto a la tragedia . . .

—Es que el viejo me enloquece. Últimamente, desde que volviste a la Facultad y le llevas la corriente en el ajedrez, se la toma conmigo. Y Matilde . . .

—¿Qué sucede con Matilde?

—Matilde me lanzó un ultimátum: o ella, o tío.

—Opta por ella. Es fácil elegir. Es lo que yo haría . . .

—¿Y lo otro?

Me miró desesperado. Con brillo demoníaco en las pupilas; pero el pobre tonto jamás buscaría el medio de resolver su problema.

—Yo lo haría —siguió entre dientes—; Pero, ¿con qué viviríamos? Ya sabes cómo es el viejo . . . Duro, implacable. ¡Me cortarían los víveres²¹!

—*Tal vez las cosas se arreglen de otra manera . . .* —insinué bromeando—. ¡Quién te dice . . .!

—¡Bah! . . . —sus labios se curvaron con una mueca amarga—. No hay escapatoria. Pero yo hablaré con el viejo tirano. ¿Dónde está ahora?

Me asusté. Si el veneno resultaba rápido . . . Al notar los primeros síntomas podría ser auxiliado y . . .

—Está en la biblioteca —exclamé—, pero déjalo en paz. Acaba de jugar la partida de ajedrez, y despachó a la servidumbre. ¡El lobo quiere estar solo en la madriguera²²! Consuélate en un cine o en un bar.

Se encogió de hombros.

—El lobo en la madriguera . . . —repitió. Pensó unos segundos y agregó, aliviado: —Lo veré en otro momento. Después de todo . . .

—Después de todo, no te animarías, ¿verdad? —gruñí salvajemente.

¹⁵ jugaré yo solo —tú no tienes que acompañarme en la partida

¹⁶ claridad de percepción, lucidez

¹⁷ que indican que se trata de un crimen y no de una muerte natural

¹⁸ muerte

¹⁹ envío, paquete, bulto

²⁰ de buen humor

²¹ lo necesario para vivir, alimentos, comestibles

²² cueva, guarida

Me clavó la mirada. Sus ojos brillaron con una chispa siniestra, pero fue un relámpago.

Miré el reloj: las once y diez de la noche.

Ya comenzaría a producir efecto. Primero un leve malestar, nada más. Después un dolorcillo agudo, pero nunca demasiado alarmante. Mi tío refunfuñaba una maldición para la cocinera. El pescado indigesto. ¡Qué poca cosa es todo! Debía de estar leyendo los diarios de la noche, los últimos. Y después, el libro, como gran epílogo. Sentía frío.

Las baldosas²³ se estiraban en rombos²⁴. El río era una mancha sucia cerca del paredón. A lo lejos luces verdes, rojas, blancas. Los automóviles se deslizaban chapoteando²⁵ en el asfalto.

Decidí regresar, por temor a llamar la atención. Nuevamente por la avenida hacia Leandro N. Alem²⁶. Por allí a Plaza de Mayo. El reloj me volvió a la realidad. Las once y treinta y seis. Si el veneno era eficaz, ya estaría todo listo. Ya sería dueño de millones. Ya sería libre . . . ya sería . . ., *ya sería asesino.*

²³ ladrillos cuadrados del pavimento de la banqueta

²⁴ que tienen forma de diamante

²⁵ haciendo sonar el agua de los charcos

²⁶ una de las calles principales del centro de Buenos Aires

1. ¿Qué es Aconitina?

2. ¿Qué quiere decir con "Me perdono la partida"?

3. ¿De qué está preocupado Guillermo?

4. ¿Desde qué lugar está el narrador contando el cuento?

5. ¿Qué sucede a las once y treinta y seis de la noche?

Por primera vez pensé en la palabra misma. Yo, asesino! Las rodillas me flaquearon. Un rubor me azotó el cuello, me subió a las mejillas, me quemó las orejas, martilló mis sienes. Las manos traspiraban²⁷. El frasquito de aconitina en el bolsillo llegó a pesarme una tonelada. Busqué en los bolsillos rabiosamente hasta dar con él. Era un insignificante cuentagotas y contenía la muerte. Lo arrojé lejos.

²⁷ sudaban

Avenida de Mayo. Choqué con varios transeúntes. Pensarían en un borracho. Pero en lugar de alcohol, sangre.

Yo, asesino. Esto sería un secreto entre mi tío Néstor y mi conciencia. Recordé la descripción del efecto del veneno: «en la lengua, sensación de hormigueo²⁸ y embotamiento²⁹, que se inicia en el punto de contacto para extenderse por toda la lengua, a la cara y a todo el cuerpo».

²⁸ comezón

²⁹ debilitación

Entré en un bar. Un tocadiscos atronaba con un viejo ragtime. «En el esófago y en el estómago, sensación de ardor intenso». Millones. Billetes de mil, de quinientos, de cien. Póquer. Carreras. Viajes . . . «sensación de angustia, de muerte próxima, enfriamiento profundo generalizado, trastornos sensoriales³⁰, debilidad muscular, contracciones, impotencia de los músculos».

³⁰ confusión en los sentidos
(la vista, el tacto, etc.)

Habría quedado solo. En el palacio. Con sus escaleras de mármol. Frente al tablero de ajedrez. Allí el rey, y la dama, y la torre negra. Jaque mate.

El mozo se aproximó. Debió sorprender mi mueca de extravío³¹, mis músculos en tensión, listos para saltar.

³¹ desorientación

—¿Señor?

—Un coñac . . .

—Un coñac . . . —repitió el mozo—. Bien, señor —y se alejó.

Por la vidriera la caravana que pasa, la misma de siempre. El tictac del reloj cubría todos los rumores. Hasta los de mi corazón. La una. Bebí el coñac de un trago.

«Como fenómeno circulatorio, hay alteración del pulso e hipotensión que se derivan de la acción sobre el órgano central, llegando, en su estado más avanzado, al síncope cardíaco³²». Eso es. El síncope cardíaco. La válvula de escape.

³² ataque cardíaco

A las dos y treinta de la mañana regresé a casa. Al principio no lo advertí. Hasta que me cerró el paso. Era un agente de policía. Me asusté.

—¿El señor Claudio Álvarez?

—Sí, señor . . . —respondí humildemente.

—Pase usted —indicó, franqueándome la entrada.

—¿Qué hace usted aquí? —me animé a murmurar.

—Dentro tendrá la explicación —fue la respuesta.

En el *hall*, cerca de la escalera, varios individuos de uniforme se habían adueñado del palacio. ¿Guillermo? Guillermo no estaba presente.

Julio, el mayordomo, amarillo, espectral, trató de hablarme. Uno de los uniformados, canoso, adusto³³, el jefe del grupo por lo visto, le selló los labios con un gesto. Avanzó hacia mí, y me inspeccionó como a un cobayo³⁴.

³³ austero, melancólico

³⁴ conejillo de Indias

—Usted es el mayor de los sobrinos, ¿verdad?

—Sí, señor . . . —murmuré.

—Lamento decírselo, señor. Su tío ha muerto . . . asesinado —anunció mi interlocutor. La voz era calma, grave—. Yo soy el

inspector Villegas, y estoy a cargo de la investigación. ¿Quiere acompañarme a la otra sala?

—Dios mío —articulé anonadado—³⁵. ¡Es inaudito!

Las palabras sonaron a huecas, a hipócritas. (*¡Ese dichoso veneno dejaba huellas! ¿Pero cómo . . . cómo?*)

—¿Puedo . . . puedo verlo? —pregunté.

—Por el momento, no. Además, quiero que me conteste algunas preguntas.

—Como usted disponga . . . —accedí azorado³⁶.

Lo seguí a la biblioteca vecina. Tras él se deslizaron suavemente dos acólitos³⁷. El inspector Villegas me indicó un sillón y se sentó en otro. Encendió frugalmente un cigarrillo y con evidente grosería no me ofreció ninguno.

—Usted es el sobrino . . . Claudio. —Pareció que repetía una lección aprendida de memoria.

—Sí, señor.

—Pues bien: explíquenos qué hizo esta noche.

³⁵ agobiado, abatido

³⁶ conturbado, sobresaltado

³⁷ asistentes

1. ¿Por qué busca el frasquito de aconitina?

2. ¿Dónde está ahora el narrador?

3. ¿En qué piensa el narrador? ¿Por qué?

4. ¿A qué hora regresó a casa?

5. ¿Cómo pudo saber el inspector Villegas que fue un asesinato y no un ataque cardíaco?

Yo también repetí una letanía.

—Cenamos los tres, juntos como siempre. Guillermo se retiró a su habitación. Quedamos mi tío y yo charlando un rato; pasamos a la biblioteca. Después jugamos nuestra habitual partida de ajedrez; me despedí de mi tío y salí. En el vestíbulo me encontré con Guillermo que descendía por las escaleras rumbo a la calle. Cambiamos unas palabras y me fui.

—Y ahora regresa . . .

—Sí.

—¿Y los criados?

—Mi tío deseaba quedarse solo. Los despachó después de cenar. A veces le acometían³⁸ éstas y otras manías.

—Lo que usted dice concuerda en gran parte con la declaración del mayordomo. Cuando éste regresó hizo un recorrido por el edificio. Notó la puerta de la biblioteca entornada y luz adentro. Entró. Allí halló a su tío frente a un tablero de ajedrez, muerto. La partida interrumpida . . . De manera que jugaron la partidita, ¿eh?

Algo dentro de mí comenzó a saltar violentamente. Una sensación de zozobra, de angustia, me recorría con la velocidad de un pebete³⁹. En cualquier momento estallaría la pólvora. ¡Los consabidos solitarios de mi tío!

—Sí, señor . . . —admití.

No podía desdecirme. Eso también se lo había dicho a Guillermo. Y probablemente Guillermo al inspector Villegas. Porque mi hermano debía de estar en alguna parte. El sistema de la policía: aislarnos, dejarnos solos, inertes, indefensos, para pillarnos.

—Tengo entendido que ustedes llevaban un registro de las jugadas. Para establecer los detalles en su orden. ¿Quiere mostrarme su libretita de apuntes, señor Álvarez?

Me hundía en el cieno.

—¿Apuntes?

—Sí, hombre —el policía era implacable—, deseo verla, como es de imaginar. Debo verificarlo todo, amigo; lo dicho y lo hecho por usted. *Si jugaron como siempre . . .*

Comencé a tartamudear.

—Es que . . . —Y después, de un tirón⁴⁰: —¡Claro que jugamos como siempre!

Las lágrimas comenzaron a quemarme los ojos. Miedo. Un miedo espantoso. Como debió sentirlo tío Néstor cuando aquella «sensación de angustia . . . de muerte próxima . . ., enfriamiento profundo, generalizado . . .» Algo me taladraba el cráneo. Me empujaban. El silencio era absoluto, pétreo⁴¹. Los otros también estaban callados. Dos ojos, seis ojos, ocho ojos, mil ojos. ¡Oh, qué angustia!

Me tenían . . . me tenían . . . Jugaban con mi desesperación . . . Se divertían con mi culpa . . .

De pronto, el inspector gruñó:

—¿Y?

Una sola letra, ¡pero tanto!

—¿Y? —repitió—. Usted fue el último que lo vio con vida. Y, además, muerto. El señor Álvarez no hizo anotación alguna esta vez, señor mío.

³⁸ daban

³⁹ mecha de cohete

⁴⁰ ya de una vez

⁴¹ de piedra, de ultratumba

No sé por qué me puse de pie. Tenso. Elevé mis brazos, los estiré. Me estrujé⁴² las manos, clavándome las uñas, y al final chillé con voz que no era la mía:

⁴² aprete

—¡Basta! Si lo saben, ¿para qué lo preguntan? ¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté! ¿Y qué hay? ¡Lo odiaba con toda mi alma! ¡Estaba cansado de su despotismo! ¡Lo maté! ¡Lo maté!

El inspector no lo tomó tan a la tremenda.

—¡Cielos! —dijo— Se produjo más pronto de lo que yo esperaba. Ya que se le soltó la lengua, ¿dónde está el revólver?

El inspector Villegas no se inmutó⁴³. Insistió imperturbable.

⁴³ no se alteró

—¡Vamos, no se haga el tonto ahora! ¡El revólver! ¿O ha olvidado que lo liquidó de un tiro? ¡Un tiro en la mitad de la frente, compañero! ¡Qué puntería!

1. ¿Por qué el corazón de Claudio Alvarez saltaba violentamente?
2. ¿Por qué le dijo Claudio al inspector que su Tío y él habían jugado la Partida?
3. ¿Por qué le salen lágrimas a Claudio?
4. ¿Crees que el inspector sabía que Claudio lo mató?
5. ¿Cuál revólver le pide el inspector a Claudio?